

DEMOCRACIA Y SISTEMAS RADIOTELEVISIVOS EN EL FUTURO DE EUROPA*

Giuseppe Richeri

Quiero de entrada especificar mejor el contenido de mi relación. En base al título que figura en el programa, de hecho, la atención debería centrarse en el amplio abanico de tecnologías que intervienen en la actividad radiotelevisiva: desde la producción hasta la transmisión, pasando por la difusión, la recepción y la audiencia.

No puede ciertamente pasar desapercibido el alto grado de relación que existe entre las tecnologías aplicadas a los diferentes sectores a la hora de analizar las perspectivas de los sistemas radiotelevisivos. Pero se escapa al tiempo y al lugar de esta relación, así como a mi propia competencia, la posibilidad de abarcar el conjunto de tales tecnologías en una visión proyectada hacia los años ochenta.

* Texto presentado al Festival Nacional de *L'Unità*, de Génova, el 9 de septiembre de 1978.

Me interesa en cambio llamar la atención sobre el futuro tecnológico partiendo de un sector específico, que es seguramente crucial para el futuro de la radiotelevisión en Europa, y que nos llevará necesariamente a consideraciones más generales: el sector de los *satélites de radiodifusión directa*. Para entendernos mejor, de aquellos satélites a través de los cuales los usuarios podrán recibir directamente los programas radiofónicos y televisivos.

La tecnología para este tipo de satélites artificiales está ya disponible; los tiempos y los modos para que Europa llegue a poner en órbita unidades operativas son ya previsibles con suficiente precisión, pero los problemas de orden político, económico, jurídico y cultural son tales que, ya desde ahora, se hace necesario un debate en profundidad sobre las opciones tomadas y las que se van tomando por parte de los gobiernos y de los organismos supranacionales competentes en materia aeroespacial y radiotelevisiva.

A pesar de la gran atención dedicada en los últimos años en Italia a los problemas radiotelevisivos y, más en general, a los de la información, sorprende el hecho de que la *variable satélites* sea aún patrimonio de un restringido círculo de tecnólogos y sea casi completamente extraña al debate entre los que se ocupan de otros sectores del campo radiotelevisivo o de la compleja política de la información.

Sorprende aún más, por su aproximación y pretenciosidad, las raras salidas con las que ciertas personalidades relevantes han evocado, quizás para exhibirse, el argumento «satélites» hablando de la manera de hacer radiotelevisiva italiana: me refiero, por ejemplo, entre los casos más conocidos, a algunas entrevistas concedidas en su día por el ex-Ministro de Correos y Telecomunicaciones (en el diario *Il Giorno* del día 16 de diciembre del año 1976) o a las propuestas presentadas por el honorable Vito Scalía en sus funciones de presidente de una asociación de emisoras privadas.

Éstas y otras razones explican la necesidad de retomar los principales datos informativos, antes de proponer algunas consideraciones generales y de adelantar algunos temas de discusión, y aconsejan asimismo precisar qué es lo que realmente hoy puede preverse en base a los tiempos y a los modos de actuación de los programas y de los planes confeccionados por los entes y organismos supranacionales interesados por estos sectores.

SATÉLITE DE DIFUSIÓN DIRECTA

Por satélite de difusión radiotelevisiva directa se entiende, como se sabe, un particular tipo de satélite de comunicación cuyas principales características son las siguientes:

- es *geoestacionario*, es decir puesto a treinta y seis mil kilómetros sobre la línea del Ecuador, manteniéndose aparentemente inmóvil en relación a la superficie terrestre (su velocidad de revolución alrededor de la Tierra es igual a la velocidad con la que la Tierra gira alrededor de su propio eje);
- emite señales radiofónicas y televisivas con una potencia suficiente para ser captadas por antenas de dimensiones reducidas, que pueden producirse en serie y a precios comerciales.

Sabemos de antemano que a los usuarios de la televisión, la radio o los eventuales servicios complementarios (*teletext*, *pay-TV*, etc.), les es indiferente el medio a través del cual reciban las señales, sea éste el cable coaxial, el emisor vía éter a tierra o el satélite, y que los elementos tomados en consideración por ellos se basan, en cambio, en el *servicio*, la *calidad* y el *coste*. Las ventajas más evidentes de un satélite de difusión directa que aquí interesan son:

- a) permite abastecer a una población distribuida en una amplia superficie —eventualmente supranacional— sin que sea necesario al cien por cien instalar una red de transmisiones a tierra (que absorbe muchas frecuencias, comporta costes superiores y difícilmente consigue el cien por cien de cobertura), sino tan sólo por medio de antenas individuales o «colectivas» de precio muy asequible;
- b) permite aumentar el actual número de canales televisivos (y/o radiofónicos) atribuidos a cada país.

La limitación, a diferencia de otros tipos de satélites, consiste en que difícilmente puede utilizarse para la comunicación punto por punto, es decir para las conexiones radiotelevisivas bidireccionales.

En general, podemos por lo tanto afirmar que los satélites de difusión directa, en el plano de los servicios para el gran público, no traerán considerables novedades, pues los servicios que pueden proporcionar son los mismos que pueden llegar hasta el usuario a través del cable o de las otras vías convencionales. Sin embargo, en un plano práctico, el dato de interés está en el mayor número de

canales utilizable y en su limitado coste (más adelante trataremos esta última cuestión).

Exceptuando algunas consideraciones socio-económicas y culturales a las que me referiré seguidamente, se puede ya avanzar una hipótesis en torno al modo en que podrá utilizarse esta mayor disponibilidad de canales.

Además del incremento de las transmisiones tradicionales, estos canales podrán tener validez para los *nuevos servicios* como son el *teletext*, el facsímil, etc.; y también para programas no tradicionales o dirigidos a categorías específicas de usuarios. Es éste el caso de programas de pago de películas, espectáculos teatrales, acontecimientos deportivos, etc., difundidos a través de una red de salas dotadas de video-proyector de gran pantalla; de programas educativos, de formación profesional, de información para categorías específicas de profesionales, etc.

Este tipo de utilización está ya funcionando en algunos países con los sistemas tradicionales de transmisión «a tierra».

En términos simplificados, ésta puede ser la novedad más relevante que la tecnología nos prepara para la televisión de los años ochenta. Para poder intuir en qué modo y en qué tiempos dicha novedad podrá incidir en el futuro de la televisión en Europa es necesario recordar antes cuáles son los datos que poseemos hasta el momento y qué decisiones se han tomado ya.

En relación con este tipo de satélites referidos a Europa es útil centrar brevemente la atención sobre los *acuerdos* ya establecidos entre diferentes países y sobre los *proyectos de experimentación* ya estudiados por la Agencia Espacial Europea (organización integrada por once países europeos), cuya realización se hace indispensable de cara a tener satélites operativos europeos.

Es necesario destacar que, aunque la industria espacial europea esté capacitada para construir diferentes tipos de satélites artificiales de calidad competitiva a nivel mundial, no dispone de los elementos necesarios para ponerlos en órbita teniendo que recurrir a los Estados Unidos que, a cambio, imponen la condición de que dichos satélites no sean operativos. Para liberarse de esta condición, los países europeos no tienen más remedio que producir sus propios mecanismos de puesta en órbita.

LA CONFERENCIA ADMINISTRATIVA MUNDIAL DE RADIODIFUSIÓN VÍA SATÉLITE

El primer punto, ya definido, que hay que considerar es el resultado de la Conferencia Administrativa Mundial de Radiodifusión vía Satélite, mantenida en Ginebra en enero-febrero del año 1977 bajo los auspicios de la Unión Internacional de Telecomunicaciones (U.I.T.). La Conferencia acordó la reglamentación de Europa, África, URSS y Mongolia, Asia y Oceanía, válida hasta el año 1994, relativa a:

- la utilización de las frecuencias destinadas a la radiodifusión directa desde satélite (no se trataron las conexiones desde la Tierra a los satélites);
- la posición de futuros satélites en la órbita geoestacionaria.

CONSECUENCIAS PARA EUROPA DEL PLAN DE GINEBRA

Dejando a un lado las decisiones de carácter estrictamente técnico, los resultados que aquí, por ahora, nos interesa destacar son tres:

1. la adopción de un principio general en base al cual las frecuencias destinadas a cada país son válidas para el servicio de radiodifusión de *cobertura nacional*;
2. la decisión de que la antena (parabólica) de recepción directa desde el satélite podrá tener un diámetro de hasta noventa centímetros.;
3. siendo las posiciones orbitales destinadas a los futuros satélites *limitadas* (incluso por razones de posibles interferencias), las mismas posiciones fueron atribuidas a países diferentes (veintiocho países sobre cinco posiciones orbitales).

LA COBERTURA NACIONAL

Dado el actual nivel de la tecnología, los satélites de difusión directa pueden, útilmente, cubrir como máximo una zona variable entre uno y dos millones de kilómetros cuadrados y como mínimo una zona de seiscientos kilómetros norte-sur y cuatrocientos kilómetros este-oeste.

La decisión de individualizar áreas nacionales ha sido, por lo tanto, una decisión de orden político-cultural, no técnico.

En base a esta opción y a las frecuencias destinadas a la difusión directa, a cada país europeo le han sido atribuidas las frecuencias suficientes para difundir programas, en su propio territorio y directamente por vía satélite, en *cinco canales* televisivos (cada canal televisivo puede ser utilizado en sustitución de, aproximadamente, dieciséis canales radiofónicos mono y ocho estéreo). Tan sólo constituyen una excepción los *Países Escandinavos* que han obtenido, bajo propia propuesta, tres canales de cobertura nacional cada uno de ellos y dos canales que cubren a la vez toda Escandinavia; también lo es el *Estado Vaticano* que dispondrá de dos canales, de los cuales uno tendrá cobertura para toda la península italiana. Vaticano aparte, hay que destacar que los otros estados europeos de dimensiones limitadas, como San Marino, Andorra, Mónaco, etc., han obtenido, ellos también, cinco canales televisivos. Esta opción, que es irreprochable desde el punto de vista del derecho internacional, pondrá sobre el tapete, como se verá, algunos interesantes problemas.

A pesar de la opción de la *cobertura nacional*, la «banda» de emisión del satélite no podrá corresponder a las fronteras de los estados particulares (las zonas cubiertas pueden ser circulares o elípticas), por una serie de razones y oportunidades técnicas.

De aquí nace otro problema que abordaremos detenidamente: el del desbordamiento de las áreas de difusión en los territorios limítrofes de los países.

LAS INSTALACIONES DE RECEPCIÓN A TIERRA

Para recibir las señales difundidas por vía satélite no será necesario cambiar los televisores y las radios que se utilizan en la actualidad. Bastará con acoplar una antena especial y una serie de amplificadores, conmutadores, filtros, etc.

El tipo de *antena* necesario está determinado por las altas frecuencias utilizadas y por la débil potencia con la que la señal llega a la superficie terrestre. Por todo ello, la forma más idónea es la de *parábola* y su diámetro podrá tener los noventa centímetros (siendo posibles también diámetros inferiores) para las antenas individuales; alrededor de los dos metros, para aquellas antenas que sean colectivas; desde estas últimas, las señales se distribuyen a cada uno de los usuarios vía cable o vía eter y por esta razón se llaman semi-directas.

Siendo el satélite de emisión geoestacionario, es decir fijo respecto a la zona abastecida, en el momento de la instalación deberá *orientarse* en la dirección orbital desde donde se emiten las señales que se quieren (o se pueden) recibir.

Algunos estudios de mercado han establecido que el precio de los aparatos de recepción individual, para ser «comerciales» tendrán que estar por debajo de la mitad del precio de los televisores de color y tal condición se podrá realizar en una producción del orden de un millón de unidades. Estos precios se rebajarán cuando se construyan televisores ya adaptados a la recepción por vía satélite.

LA POSICIÓN ORBITAL

Los países europeos han sido divididos, siguiendo determinados criterios, en base a cinco *posiciones orbitales* (que van desde el 37° oeste al 5° este). En una zona dada se podrán recibir, con una única antena parabólica, las señales emitidas desde una misma posición orbital y dirigidas (o desbordantes) hacia esa misma zona. Esto quiere decir que para recibir en territorio italiano los programas difundidos por un eventual y apropiado satélite de San Marino, del Vaticano, de Mónaco, países que tienen su propia posición orbital diferente de la de Italia (Malta tiene también una posición diferente), el usuario deberá disponer de una segunda antena.

No será éste, en cambio, el caso de los programas alemanes, austríacos, suizos o franceses, en aquellos lugares en los que ellos desbordarán sobre el territorio italiano. A éstos y a otros países (Luxemburgo, Bélgica, Holanda) les ha sido otorgada, de hecho, la misma posición orbital que a Italia; podrá utilizarse en consecuencia una única antena, acoplada, en algunos casos, a aparatos secundarios.

PROGRAMA EXPERIMENTAL DE LA AGENCIA ESPACIAL EUROPEA

Otro conjunto de datos que nos permite indagar en torno al «futuro tecnológico» de la radiotelevisión en Europa deriva de los programas ya librados por la Agencia Espacial Europea. De estos programas los que aquí nos interesan se refieren al *propulsor Ariane* y al satélite experimental H-SAT (*Heavy Satellite*) cuya carga útil permitirá la difusión radiotelevisiva directa. *Ariane* es un propulsor puesto en estudio en el año 1973 y destinado a dotar a Europa de una capacidad de lanzamiento autónoma para sus propios satélites científicos y de aplicación. Sus características permitirán poner en órbita satélites de hasta una tonelada de peso.

Si bien el objetivo comercial (y las aspiraciones) es el de que *Ariane* sea vendido para poner en órbita buena parte de los doscientos satélites geoestacionarios que se prevé serán lanzados en los años ochenta (con este fin los estados miembros de

la Asociación Espacial autorizaron a finales del año 1977 la construcción de una «serie de promoción» de seis *Ariane*), a nosotros nos interesa la serie de cuatro «lanzamientos calificados» y, en particular, el cuarto, previsto para el año 1981, que desde el Centro Espacial de Kouru (Guyana francesa) pondrá en órbita el satélite H-SAT. Con H-SAT empezará de hecho la experimentación trienal de las transmisiones radiofónicas y televisivas directas difundidas sobre el territorio europeo.

Para evitar enfrentarnos con aspectos demasiado técnicos nos es suficiente considerar este satélite como una gran caja puesta a treinta y seis mil kilómetros de distancia sobre la línea del Ecuador y resumir aquí sus posibilidades experimentales, teniendo en cuenta que éstas vienen condicionadas por la necesaria compatibilidad entre satélite y lanzador a disposición.

Con H-SAT será posible realizar experimentos y demostraciones de radiodifusión directa sonora o visiva sobre dos canales. El primer canal tendrá una potencia de emisión suficiente para permitir la recepción individual de señales televisivas en una zona, a través de aparatos individuales baratos.

El segundo canal utilizará una potencia de emisión media que permitirá igualmente la recepción individual directa, pero en una zona más restringida que la precedente, o bien una recepción comunitaria (semi-directa) en una zona más amplia.

Las emisiones radiofónicas podrán realizarse en tiempos alternados con las televisivas. De esta forma será posible efectuar sucesivos experimentos en cada país o por grupos de países. Las dos bandas de emisiones podrán después ser orientadas conjuntamente para asegurar una *cobertura casi total de Europa*.

Llegados aquí, es posible efectuar una primera previsión realista. Si, como nos es lícito pensar, cada estado europeo esperará tener las indicaciones concretas puestas a disposición por los experimentos y las demostraciones de los tres años previstos para la experimentación del H-SAT, en Europa no habrán satélites operativos de difusión directa antes del año 1985.

Para valorar las posibilidades futuras en base a datos concretos es necesario dar un repaso a los aspectos económicos de la tecnología que nos viene ocupando.

ALGUNOS ASPECTOS ECONÓMICOS

Hemos dicho que, en general, la emisión vía satélite se distingue de la vía tierra, no porque proporcione servicios diferentes, sino por el hecho de que el emisor se

sitúa en el Espacio y no en la Tierra. En estas condiciones, por lo tanto, el dato que de forma más relevante juega a favor o en contra de uno o del otro sistema de emisión es el económico.

Es necesario decir de antemano que en el caso de los satélites los costes actuales son meramente indicativos si van referidos a un futuro sistema operativo; sistema, como se ha visto, del que difícilmente se dispondrá en los países europeos antes del año 1985. Y ello por diferentes variables como son:

- el precio de los componentes del satélite que dependen de la dimensión de la producción y de las condiciones del mercado;
- la tasa de innovación en los procesos de producción;
- el grado de probabilidad que la operación de puesta en órbita del satélite y su funcionamiento posterior tienen en correspondencia a las demandas.

Aumentando la duración de vida de un satélite, su seguridad y el número de repetidores que lleva, el coste de un sistema «vía satélite» disminuye. En la actualidad, la *vida media* de un satélite del tipo que nos interesa se sitúa alrededor de los siete-diez años. Pero un sistema de emisión radiotelevisiva precisa que las eventuales interrupciones del servicio sean brevísimas. Esto quiere decir que para un sistema operativo de este tipo es necesario contar como mínimo, con un satélite de reserva ya en órbita, preparado para substituir al que se encuentra «averiado» y, si la avería se debe a causas no solucionables desde tierra, se precisa otro satélite preparado para ser puesto en órbita. Estableciendo una media, se calcula que para tener las suficientes garantías de que un sistema funcionará durante diez años se necesita contar con cuatro o cinco satélites.

Aparte los costes de estudios y puesta a punto, un satélite con dos repetidores (dos canales TV difusión), que pesa unos cuatrocientos cincuenta kilogramos cuesta alrededor de los *quince mil millones de liras*; un satélite con cuatro repetidores (setecientos cincuenta kilogramos) sale por *veintidós mil millones*. El lanzador para el satélite «ligero» cuesta alrededor de los *quince mil millones* y para el «pesado», *veintidós mil millones*. (El lanzador europeo *Ariane* puede poner en órbita o un satélite del tipo «pesado» o, con un sólo lanzamiento, dos satélites «ligeros»).

A todo ello hay que añadir la *estación de tierra*, que asegura la transmisión de las señales desde el estudio televisivo al satélite; su coste puede variar entre los mil trescientos y los mil setecientos millones.

En definitiva, el coste anual de un canal de televisión difundido directamente vía satélite, según el satélite y el lanzador escogidos, oscila entre los *cinco mil* y los *siete mil millones*.

Para un futuro más lejano (finales de los ochenta, inicio de los noventa) que no se ajusta a nuestro trabajo, se pueden prever considerables reducciones de coste en base a la disponibilidad de medios de transporte espacial del tipo «vagoneta espacial». Será entonces posible, por un lado, poner en órbita satélites más pesados, con mayor capacidad; por otro, se podrán efectuar vuelos de manutención y de reparación de satélites en órbita.

COMPARACIÓN ECONÓMICA ENTRE UN SISTEMA DE TELEVISIÓN DIRECTA VÍA SATELITE Y UN SISTEMA TERRESTRE DE DIFUSIÓN

Si los costes indicativos de un sistema *vía satélite* son válidos en general, los del sistema de difusión *a tierra* varían de país a país, en base a la dimensión y a las características del territorio, a la distribución de la población abastecida, etc.

Para comparar la economía de los dos diferentes sistemas consideremos el caso italiano. La RAI (*Radio Audizione Italia*), para servir al noventa y ocho por ciento de la población a través de la primera cadena de televisión, emplea (1976) cuarenta y cinco transmisores y setecientos ochenta y cinco repetidores, y para servir al noventa y seis por ciento de la población a través de la segunda cadena emplea (1976) cuarenta y ocho transmisores y cuatrocientos veintidós repetidores.

Considerando que para la primera cadena los costes de las instalaciones de transmisión y de las cuotas de infraestructura (carreteras, construcciones, etc.) puedan valorarse en alrededor de noventa mil millones de liras a lo que hay que añadir alrededor de seis mil quinientos millones de costes de manutención, la vida de un sistema de estas características se valora en unos veinte años.

En resumen, considerando las instalaciones de transmisión, las infraestructuras y la manutención relativas a la primera cadena de la RAI, y una vida media de veinte años, el coste anual se puede situar en unos *once mil millones* de liras.

No obstante, aunque los datos sean aproximativos, la diferencia entre los *once mil millones* anuales para la primera cadena italiana y los *cinco mil a siete mil millones* anuales para un canal transmitido por vía satélite (que serviría al 100% de la población) es considerable.

Se calcula que, en general, una red nacional de transmisiones terrestres TV es más económica que un sistema vía satélite sólo en caso de que sirva a menos del sesenta por ciento de la población y, a menos del ochenta por ciento, si se tienen en cuenta los costes globales que la colectividad tiene que afrontar para adaptar los televisores a las transmisiones vía satélite.

Las ventajas económicas del satélite son absolutas en el caso de países en vías de desarrollo, con un amplio territorio y con una población esparcida, que se disponen ahora a construir su propio sistema radiotelevisivo.

Hasta aquí han sido apuntados los principales datos que condicionan y, en parte, definen el porvenir de la más importante innovación tecnológica esperada para el futuro próximo de los sistemas radiotelevisivos europeos.

Podemos pues empezar a examinar, sobre la base de estos datos, algunos de los problemas más importantes y adelantar, después, algunas consideraciones generales.

EL PROBLEMA DEL DESBORDAMIENTO

Cuanto más pequeña es el área que cubrir directamente por vía satélite, más grande tiene que ser la antena del satélite. En el estado actual de la tecnología, que ya hemos considerado, se pueden montar antenas que alcanzan una zona terrestre de *forma elíptica* no inferior a los *doscientos cuarenta mil kilómetros cuadrados* (eje M: seiscientos kilómetros; eje m: cuatrocientos kilómetros).

Es evidente que, a pesar del principio de la *cobertura nacional* establecido por el Plan de Ginebra (ver más arriba), la superficie abastecida por un satélite no puede ciertamente coincidir con las fronteras de un país. Además, oportunidades de orden técnico aconsejan que el área cubierta sea un poco más amplia de la que se quiere servir (los ejes de los satélites en órbita pueden sufrir ligeros desplazamientos).

Aunque los acuerdos internacionales obliguen a cada país a utilizar todos los medios técnicos a su disposición *para reducir al máximo* el desbordamiento sobre territorios de otros países (salvo preventivos acuerdos bilaterales), existen casos de desbordamiento técnico irreductible, sea por la forma del territorio de un país (ejemplo, Italia), sea por sus dimensiones (ejemplo, San Marino).

La presencia de tales desbordamientos, además de originar una serie de problemas, como interferencias y molestias en los diferentes sistemas nacionales de telecomunicación, plantean cuestiones de orden político y cultural, que al menos,

en parte, debemos examinar. Las posibles soluciones a dichas cuestiones precisarán acuerdos internacionales y podrán encontrarse a partir de una *política informativa y cultural europea*.

AUTARQUÍA Y PENETRACIÓN CULTURAL

Un primer problema es el de querer conciliar dos principios que son válidos en general, pero que deben encontrar un punto de equilibrio si, por una parte, se quiere impedir el enfortalecimiento del *imperialismo cultural*, fenómeno documentado y denunciado por muchos países en diferentes ocasiones (ver, entre otras, la Conferencia de Argel de octubre del año 1977) y, por la otra, se pretenden superar las formas de *autarquía cultural*, particularmente graves en los países con regímenes totalitarios.

Se trata del principio de la *libre circulación y difusión de la información, de la educación y de la cultura* y del principio, no menos válido, de la *protección de la cultura y de la soberanía nacional*.

En otros términos, lo que se trata es de conciliar la libertad de los individuos, eliminando las barreras artificiales que mortifican su ejercicio, con la independencia de la colectividad nacional, que hace necesarias medidas de protección y de limitación. A partir de esta contradicción se han formado diferentes alineaciones en el plano internacional. La concreción y la relevancia de estos problemas son evidentes y el ejemplo dramático de casos específicos está presente en cada uno de nosotros. Las dificultades en encontrar soluciones se han hecho aún más evidentes desde los acuerdos de Helsinki hasta la Conferencia de Belgrado.

Si para Europa existe un específico problema de penetración cultural norteamericana —y para confirmar cuanto vengo diciendo me remito al útil estudio para el sector televisivo de los finlandeses Nordenstren y Varis (publicado por la UNESCO y, en forma más analítica, por la Universidad de Tampere, Finlandia)—, el sistema radiotelevisivo de nuestro continente, en particular, se halla bajo otro tipo de amenaza, menos evidente tal vez pero igualmente peligrosa: la *comercialización* y, en los casos más extremos, la *privatización* de los sistemas radiotelevisivos. Es éste un problema que está a la orden del día, no sólo en Italia sino desde Suecia hasta España, pasando por Francia, Inglaterra, Bélgica y más países aún. Este fenómeno se da bajo el poderoso empuje de sociedades *multinacionales y transnacionales*, «de gigantes de la producción cuyo imperativo comercial reclama un absoluto acceso a los circuitos de comunicación».

Estas son tendencias que se van confirmando en los actuales sistemas radiotelevisivos europeos, y que hace falta considerar antes de que sus efectos puedan encontrar una «natural» consolidación en los satélites de difusión directa, cuando éstos sean operativos.

En particular, el fenómeno del desbordamiento y, en consecuencia, de la inevitable «intrusión» de programas extranjeros en cada país, plantea el problema de la «protección» de las legislaciones, costumbres y culturas nacionales, de los intereses económicos y financieros nacionales, y del derecho privado vigente.

Si, por ejemplo, hoy existe la posibilidad técnica para Italia y para Bélgica de hacer valer la legislación nacional en materia de publicidad televisiva, respectivamente en relación con la televisión de Montecarlo y la de Luxemburgo, imponiendo a los técnicos de los repetidores el oscurecimiento de los *spots* publicitarios (en ninguno de los dos países la legislación opera así), con los satélites esto no va a ser posible.

Pero no se da sólo el caso de la publicidad. Piénsese en la relación televisión/cine y en la exigencia de «proteger» a la industria y al ejercicio cinematográfico de la competencia televisiva, o bien en el problema de los derechos de autor.

EL CASO DE LOS ESTADOS «PEQUEÑOS»

Cojamos el caso de Italia en relación con países como el Principado de Mónaco, la República de San Marino o la de Malta. Mónaco, San Marino y Malta que, justamente, han recibido el mismo trato que los demás países en el Plan de Ginebra, han obtenido una posición orbital propia y sus cinco canales televisivos. Si bien sus posiciones orbitales son diferentes de la que ha sido atribuida a Italia y por lo tanto se usarán antenas orientadas de maneras diferentes para recibir los programas vía satélite, ello no impedirá ciertamente a un amplio número de usuarios, en las zonas de desbordamiento, recibir dichos programas (con antenas individuales o, reduciendo considerablemente los gastos, con antena colectiva). Es evidente que países con territorios tan pequeños no tienen ningún interés o necesidad de dotarse de un satélite de difusión televisiva directa para potenciar o abaratar su propio sistema radiotelevisivo. Los canales televisivos de Malta desbordarán inevitablemente sobre Italia del Sur y sobre algún país norteafricano; los de Mónaco sobre Italia del Norte, sobre parte de Francia, de España y de Suiza, y ello vale también para San Marino sobre otros territorios. Si para estos países no existe ningún interés directo en el sistema satélite, sí existen, como se sabe, fuertes grupos financieros (es el caso, por lo que sé, de Malta y Mónaco) que han presentado ofertas concretas, con las cuentas en la mano, ofreciendo la

financiación del satélite y su relativo «lanzador» con tal de obtener la concesión de uno o más canales. El mismo problema se plantea en Luxemburgo, Andorra, Liechtenstein y, en principio, también para el Vaticano.

PROGRAMAS TELEVISIVOS SUPRANACIONALES

Ante la perspectiva de los satélites es oportuno empezar a pensar en programas televisivos difundidos directamente sobre zonas supranacionales. Al problema del desbordamiento se le puede dar la vuelta, transformándolo en la posibilidad de encaminar una televisión común a varios países. Las «bandas de emisión» nacionales se podrían sustituir por una sola, difundida desde un satélite «europeo».

Moverse sobre esta hipótesis es la tarea, por cierto nada fácil, de los diversos organismos europeos ya operantes, como la UER (*Union Européenne de Radiotélévision*) y el Consejo de Europa, respaldados por organismos europeos del sector de la ciencia, de la economía, etc. Se trata de poner a punto las fórmulas organizativas y productivas, la programación, y la división de las tareas y de las aportaciones. Todo ello en base a planteamientos y objetivos políticos, sociales y culturales definidos en la sede del *Parlamento Europeo*.

Si esta hipótesis es seguramente la que se debe seguir, no será fácil darle viabilidad. Hará falta, en efecto, valorar preventivamente una serie de factores y oportunidades.

«MODELO» DE FUNCIONAMIENTO DE LA TELEVISIÓN

Ante todo hay que subrayar el hecho de que los aparatos televisivos europeos, su «modelo» de funcionamiento, la organización del trabajo, su relación con la realidad «servida» y el modo en que hoy se «utiliza» en general el medio televisivo constituyen inevitablemente el punto de arranque a tener en consideración en esta perspectiva. Si aún están por perfeccionar o, tal vez, por definir formas satisfactorias de control y de «función» democráticas, los mismos aparatos radiotelevisivos, y esto vale en general para toda Europa, exigen a la vez innovaciones y reformas profundas. La puesta en marcha de satélites de difusión directa en sí misma no promete ciertamente contribuir a la solución de los problemas y de las distorsiones hoy existentes en estos sistemas, sino que, si acaso, provocará su extensión y su multiplicación. Quizás los hará incluso más rígidos.

Esta obvia consideración nos hace volver desde el futuro «cielo» de satélites, a los problemas concretos del momento, sin la solución de los cuales los satélites son más una amenaza que una esperanza.

SATÉLITE Y SISTEMA DE RADIOTELEVISIÓN NACIONAL

La opción del satélite puede significar para un sistema radiotelevisivo nacional un aumento de canales y/o aumento de las frecuencias disponibles para las transmisiones de tierra. Sea en el caso de que un eventual satélite se use para sustituir los sistemas de transmisión existentes, sea que sirva para extender la variedad de los servicios, hay que tener presentes algunas previsibles consecuencias:

a) el sistema radiotelevisivo actual está caracterizado por unas determinadas inversiones, amortizables de una determinada manera, que se renuevan en tiempos y en modos dados; la opción del satélite debe tener en cuenta de forma calculada los tiempos y los modos de inversión, amortización y renovación del sistema existente, sistema que se alarga desde los transmisores hasta los televisores de los usuarios, para no correr el riesgo de estimular un fuerte desplazamiento de recursos desde las inversiones productivas a los consumos;

b) el aumento de canales televisivos implica un correspondiente aumento de las horas de programación que buscarán, es lícito pensarlo, su propia financiación en la publicidad, consolidando la tendencia a la comercialización de los sistemas televisivos y complicando ulteriormente la situación de los otros medios de comunicación de masas;

c) si el punto *b)* es cierto, se puede prever también una potenciación de la *competitividad* entre los diferentes canales TV, fenómeno que no parece precisamente favorecer la calidad y el nivel cultural de los programas (;no faltan ejemplos!);

d) poseer un mayor número de frecuencias disponibles de tierra, si por un lado brinda la ocasión a los privados de relanzar su batalla, por el otro ofrecerá ciertamente posibilidades de ulterior desarrollo para la descentralización y la radiotelevisión local; ello significa sin embargo, en ausencia de una relación orgánica y complementaria entre radiotelevisión nacional y local (en Italia muy difícil de realizar, dada la situación de hecho), *acentuar* el «localismo» de estas últimas y su función de *ghetto*.

EL CANAL EUROPEO

Incluso la hipótesis de utilizar el satélite para poner en marcha una *programación europea*, una especie de Eurovisión directa y permanente, precisa valora-

ciones y análisis cautos para que desarrolle una función de cara a la *unidad europea* y no se convierta en un mero signo de la *abundancia televisiva*. El riesgo de que este *supercanal* europeo, para captar usuarios, retransmita sobre todo acontecimientos deportivos, espectáculos y variedades, existe, y creo que una opción de este tipo haría poco interesante la empresa. Es verdad también que en aquellos lugares donde los espectadores ya tienen hoy la posibilidad de captar muchos canales televisivos, en diferentes lenguas, el resultado no es ciertamente reconfortante para los defensores de una *televisión europea*. Aparte del caso italiano, podemos recordar otros dos casos emblemáticos: el belga y el suizo.

En Bélgica, gracias a especiales conexiones vía éter y a la televisión por cable que consigue un elevado porcentaje de usuarios, es fácil recibir, a través de un mismo receptor, los programas televisivos ingleses, franceses, alemanes, holandeses y luxemburgueses. Pero varios estudios han demostrado que la mayor parte de estos afortunados usuarios prefiere, entre tantas televisiones extranjeras, la de Luxemburgo. La razón no se debe, claro está, a la calidad o al nivel cultural de los programas, sino al hecho de que cada noche se retransmite una película. Aprovechando la ocasión, la televisión luxemburguesa acompaña sus películas con anuncios publicitarios dirigidos al público belga, en cuya televisión nacional la publicidad está prohibida.

El segundo testimonio nos llega desde Suiza (ver la intervención de S. Molo, director general de la radiotelevisión de Berna, en el doc. ESA SP 125), donde conviven tres comunidades lingüísticas con un propio canal difundido sobre todo el territorio de la Confederación. Aún existiendo un nivel de escolaridad superior al de los demás países europeos y a pesar del difundido bilingüismo o trilingüismo, la gran mayoría de los suizos franceses mira programa franceses, y la misma situación se da para los suizos italianos y para los alemanes en relación con los programas en sus lenguas. En el año 1976 los resultados de una encuesta en la Suiza italiana daban los siguientes datos de audiencia: los programas en lengua italiana tenían el 87,6% de audiencia, los alemanes el 5% y los franceses el 1,4%.

Es evidente que en el caso de un canal televisivo europeo el problema de la lengua no será fácil de solucionar.

CONCLUSIONES

Aunque los satélites de difusión directa, como se ha visto, no entrarán en servicio antes del año 1985, al menos en Europa, esta perspectiva plantea una serie de problemas en el plano nacional y en el de la Comunidad Europea, cuya complejidad exige, ya desde ahora, una especial atención.

No soy yo quién para formular juicios sobre los sistemas radiotelevisivos de los países europeos y sobre su grado de democraticidad. Sin embargo, es cierto que tales sistemas operan basándose en un *modelo* elaborado y definido hace ya tiempo. Precisamente en la época en que los aparatos televisivos nacían para ser auténticos *aparatos ideológicos* de la clase dominante como instrumentos de organización del consenso y de la propaganda en manos de las fuerzas políticas en el poder.

Las formas de exclusión, de manipulación, de ocultamiento de importantes realidades son demasiado conocidas para citarlas aquí. Pero está claro que este es el terreno sobre el que hay que trabajar para superar los obstáculos que impiden tan a menudo a la televisión ser un limpio y potente instrumento de la democracia. Si no, los obstáculos y las distorsiones se fortalecerán o se multiplicarán con la introducción de satélites de difusión.

Si estos satélites llegan a asumir la función de *unificar* los diferentes sistemas radiotelevisivos europeos, es indispensable que las instituciones europeas encuentren las fórmulas idóneas para transformar estos sistemas con un sentido más homogéneo a nivel de control y organización democráticas, y a nivel de participación y libre acceso público.

La perspectiva de unificar o integrar, en un cierto grado, los diferentes sistemas radiotelevisivos, prescindiendo de esta homogeneidad democrática, es vana y transformaría la tecnología de los satélites en un *reto peligroso* para el futuro de Europa.

Las consideraciones aquí expuestas tienen incluso mayor validez para los sistemas nacionales en los que las consideraciones de orden económico, jurídico y cultural imponen atentos análisis y controles antes de decidirse por la oportunidad de dotarse, al menos en los próximos diez o quince años, de estas nuevas tecnologías. En los proyectos espaciales italianos ya está desde ahora previsto un satélite de este tipo, pero no tenemos constancia de que hayan sido realizados los oportunos estudios para comprobar la oportunidad de una opción de este tipo. Mientras otros países se han pronunciado ya, Inglaterra, compañera de desven-

turas económicas, después de haber valorado una serie de problemas ligados a la cuestión, ha anunciado que no considera útil conseguir un satélite para su propio sistema radiotelevisivo, al menos antes del año 2000.

FUENTES

Publicaciones de la Agence Spatiale Européenne

Newsletter, núms. 8-12.

Bulletin, núms. 9-12.

L'Europe c'est aussi l'espace, 1977

Ariane, le lanceur de l'Europe, 1977

Satellite Broadcasting, ESA SP 122

Direct Satellite Broadcasting, ESA SP 125

Publicaciones de la Union Européenne de Radiodiffusion

UER Revue, Vol. XXVIII, 1977

UER Revue, Vol. XXIX, enero-mayo 1978

Publicaciones de la Unión Internacional de Telecomunicaciones

Telecommunication Journal, Vol. 44, 1977

Telecommunication Journal, Vol. 45, enero-mayo 1978

Publicaciones RAI Radiotelevisione Italiana

Relación y Balance Ejercicio 1976

Air et Cosmos

núm. 654, 1977

núm. 658, 1977

núm. 673, 1977

núm. 714, 1978

núm. 717, 1978

núm. 720, 1978

DON R. LE DUC, *Direct Broadcasting Satellite Service*, in *Satellite Communications*, febrero 1978.

WALTER MCGRAW, *Toward the Public Dividend: a Report on Satellite Telecommunications and the Public Interest Satellite Association*, New York, The Public Interest Satellite Association, 1977.

BENNO SIGNITZER, *Regulation of Direct Broadcasting from Satellites*, New York, Praeger, 1976.

DEMOCRACY AND RADIOTELEVISION SYSTEMS IN THE FUTURE OF EUROPE

In this article, Giuseppe Richeri forecasts what, in his opinion, based on data, the technological future of radiotelevision could be in Europe. It is obvious that overland radiotelevision systems are tending to give way to satellite-relayed systems and this will modify the structures of the present forms of communications. Logically, this change implies a series of advantages and disadvantages, which Richeri carefully analyses in their economic and functional aspects. One of the points the author considers in more detail is the role to be played by national radiotelevision systems relayed by satellite in a future united Europe in the event of a supranational channel being developed. The problems posed by such a prospect do not go unnoticed. In particular, as long as the present radiotelevision systems in Europe do not improve in quality, the alternative satellite-relayed systems are more of a risk than a desirable experience. According to Richeri, a real democratization of radiotelevision would lay the foundations for the new technological horizon expected for the eighties, otherwise, satellites will be used as an instrument of power, with a negative role.